

conspirado contra la mejor comprensión de España, y me refiero a la leyenda o crónica negra —que es lo que hoy pudiéramos llamar un tipo de guerra psicológica o guerra ideológica o guerra revolucionaria— no fue contrarrestada por España que no quiso o no supo cómo contrarrestarla, en su momento histórico. Nos llevaría lejos —y no es el tema específico de hoy— analizar en qué forma en los siglos de Andrés Bello y Pedro Henríquez Ureña esta leyenda o crónica negra ha sido utilizada como palanca psicológica para enjuagar frustraciones de las potencias ayer enemigas de España y en la guerra hispano-norteamericana de 1898, pero también en los malos entendimientos entre Hispanoamérica y España.

La leyenda o crónica negra logró infiltrar una imagen feroz contra España, ocultar las propias leyendas o crónicas negras de las potencias rivales o adversarias de España, y la he visto esgrimida, en nuestro tiempo, desde Hispanoamérica, alguna vez, como un medio inconsciente sobrepersonal para «justificar» o «compensar» nuestras equivocaciones o errores hispanoamericanos.

Desarmar esta guerra psicológica continúa siendo un necesario esclarecimiento de los hechos históricos, y me exonero de culpa a la propia pasión y al enfrentamiento interno español, que también nutrió esta imagen distorsionada de España.

Andrés Bello nos revela amor por las raíces nutritoras de España y, aún situado en años del conflicto entre Hispanoamérica y España, tiene el suficiente talento para comprender que hay que situarse por encima del antagonismo político, social, económico y administrativo, y que existe una herencia cultural donde hay que trabajar con útil fervor en lo que, como herederos de la cultura española, nos pertenece ⁴.

La comprensión hacia España

Tres espacios importantes en la obra de Pedro Henríquez Ureña comportan tres labores paralelas relacionadoras y simultáneas que coronan una visión del humanista y son consecuentes con el mundo de las culturas hispánicas.

Es indudable en Pedro Henríquez Ureña el amor dominicano y la devoción en la relación del entronque cultural de España en Santo Domingo, eje de las primeras y grandes fundaciones culturales hispanas y umbral espiritual y material vivo para la conquista y colonización del Nuevo Mundo, de las Indias Occidentales o América.

⁴ En *América en su literatura*, San Juan de Puerto Rico, 1967, Editorial Universitaria, Ediciones de la Torre, Universidad de Puerto Rico, Anita Arroyo en pág. 209 escribe sobre Andrés Bello:

«La etapa londinense es la más fecunda en trabajos de filología y de historia literaria que revelan una asombrosa erudición y una agudísima inteligencia interpretativa. Así sus investigaciones sobre el *Poema del Cid*, sobre la *Crónica de Turpin*, sobre los orígenes de la epopeya castellana y de la épica francesa, sobre el verso asonante, sobre la versificación romance. Estos trabajos los inicia casi todos en Londres y permanecen desconocidos para el mundo erudito hasta que Menéndez y Pelayo, medio siglo después, ya muerto Bello, los descubre con asombro, según él mismo lo revela en carta a Amunátegui: “El tomo de opúsculos literarios críticos ha acabado de confirmarme en la idea de que Andrés Bello se adelantó en muchos años a una porción de ideas (sobre el origen de la rima, sobre la epopeya cabaleresca, etc.), que hoy pasan por muy avanzadas entre los más doctos cultivadores de la filología neolatina y de la historia literaria de los tiempos medios.»

Pedro Henríquez Ureña se sitúa en un justo término, con visión objetiva y comprensiva en el choque de dos culturas distintas —y que son dos tecnologías diversas— que tienen su primer escenario en la isla Española o Santo Domingo. No desdeña ni a la cultura indígena ni a la cultura hispana, y trata de comprenderlas a ambas.

El amor dominicano de Pedro Henríquez Ureña está en su sangre y nace y crece desde el ambiente de su hogar ⁵. Su libro de 1936, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, nos devuelve una identidad desde las raíces de nuestra historia. Su libro, aparecido cuatro años más tarde, *El español en Santo Domingo*, Buenos Aires, 1940, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, encuentra, desde una vertiente cultural paralela, a la del libro anterior, una proyección esclarecedora de la importancia de la presencia de la cultura española en Santo Domingo ⁶.

El segundo espacio paralelo en el conjunto de la obra de Pedro Henríquez Ureña habría que ponerlo bajo el denominador que abarca la comprensión de Hispanoamérica con el signo compendiador de *La Utopía de América* ⁷.

⁵ Los abuelos paternos de Pedro Henríquez Ureña son don Noel Henríquez, curazoleño de origen sefardí y doña Clotilde Carvajal, dominico-española. Su padre es don Francisco Henríquez Carvajal, hombre de gran cultura, se doctoró en medicina en París y en derecho en Santo Domingo, fue profesor y diplomático y el 25 de julio de 1916 fue elegido presidente de la República Dominicana. La ocupación norteamericana del 29 de noviembre de 1916 determinó que don Francisco se convirtiera, desde el exilio, en el abanderado de la causa nacionalista, independentista, dominicana. La madre de Pedro Henríquez Ureña es Salomé Ureña (1850-1897), uno de los llamados *Poetas Mayores* dominicanos del siglo XIX. Salomé Ureña de Henríquez es la fundadora de la educación superior para mujeres en Santo Domingo (1881). Su labor pedagógica es estimulada por Eugenio María de Hostos (1839-1903) y su influencia en la formación de Pedro Henríquez Ureña es importante. Los abuelos maternos de Pedro Henríquez Ureña son don Nicolás Ureña de Mendoza y doña Gregoria Díaz y León. Nicolás Ureña de Mendoza (1822-1875) es, con Félix María del Monte, el iniciador de lo que Joaquín Balaguer ha llamado «el color local de la poesía dominicana», al paisaje campestre del país y la flora y la poética fauna dominicanas. La otra cuerda lírica de Ureña de Mendoza es la del sentimiento religioso. Tío de Pedro Henríquez Ureña es don Federico Henríquez y Carvajal (1848-1951), maestro de varias generaciones dominicanas, ex rector de la Universidad de Santo Domingo y autor de una vasta obra literaria en varios géneros, poeta de muy variados temas y a quien José Martí escribió la carta —desde Montecristi, República Dominicana— del 25 de marzo de 1895, que ha sido considerada como el testamento político del Apóstol de la Independencia de Cuba. Hermanos de Pedro Henríquez Ureña son Max Henríquez Ureña (Santo Domingo, 1885), historiador, narrador, poeta, crítico literario, ensayista; son fundamentales sus *Breve Historia del Modernismo*, México, 1954, Fondo de Cultura Económica; su *Panorama Histórico de la literatura dominicana*, Río de Janeiro, 1945 y su *Panorama Histórico de la Literatura Cubana 1492-1952*, 2 tomos, 1963. Nueva York —impreso en México—, Las Américas Publishing Co., y también Camila Henríquez Ureña, distinguida educadora y feminista.

⁶ En *El español en Santo Domingo*, Santo Domingo, 1975, Biblioteca Nacional, Feria del libro 1975, Editora Taller, Pedro Henríquez Ureña escribe en pág. 35: «En el orden de la cultura, Santo Domingo fue el centro del Mar Caribe, con su Universidad de Santo Tomás de Aquino (1538) y su Universidad de Santiago de la Paz (1540), hasta que se fundaron, dos siglos después, las de Santa Rosa de Caracas (cédula real de 1721; bula papal de 1722) y San Jerónimo en La Habana (bula de 1721; cédula de 1728). Todavía mucho después de fundadas las nuevas instituciones, la más antigua de Santo Domingo, gracias a su fama, recibía muchos alumnos de Venezuela, de Cuba y de Puerto Rico». (La primera edición de *El español en Santo Domingo* es de Buenos Aires, 1940, Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana.)

⁷ Pedro Henríquez Ureña: *La Utopía de América*, Caracas, 1978, Biblioteca Ayacucho, 571 págs. Prólogo Rafael Gutiérrez Girardot. Compilación y Cronología Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot.

Y el tercer espacio —sin que el número signifique prioridad, porque se trata de tres vías paralelas e interrelacionadas— es la comprensión general de España y que cristaliza en *Plenitud de España* ⁸.

Es significativo el estudio inicial «España en la cultura moderna». Hay una relación entre el descubrimiento de América, para los occidentales, y España, que Pedro Henríquez Ureña revisa, no sin dejar de aludir a ese «eclipse político» de España durante doscientos años y en cuya imagen veo también el trabajo y deterioro psicológico desde la crónica o leyenda negra a la que aludí antes. En la página 10 de la citada edición escribe Pedro Henríquez Ureña:

«Como el idioma español sufrió eclipse político durante doscientos años, la figura de España aparece, a los ojos del vulgo, inferior a lo que realmente ha sido en la creación de la cultura moderna.

Desde la época de los Reyes Católicos hasta la de Felipe II, navegaciones y descubrimientos dan a España y Portugal —una sola unidad de cultura entonces— función renovadora en las ciencias de aplicación y descripción. Es enorme su labor en geografía, en mineralogía, en zoología y botánica. De la zoología y la botánica se ha dicho que renacen, después de siglos de estancamiento, con el descubrimiento de América. En las ciencias puras, la actividad es muy inferior. Pero en los tiempos de Carlos V, cuando no se echaba de menos en España ninguno de los impulsos del Renacimiento, cuando se discutían francamente problemas religiosos y filosóficos y se ensayaban novedades fecundas en todas las artes, el movimiento científico hispano-portugués estaba lleno de promesas, con los estudios de Fray Juan de Ortega en matemáticas y de Pedro Juan Núñez, el genial Nonnius, en álgebra y en cosmografía, y de Alvaro Tomás sobre la teoría de las proporciones y de las propiedades del movimiento, anticipando a Galileo, y de Miguel Servet en biología, y hasta los atisbos de Hernán Pérez de Oliva sobre el electromagnetismo. El posterior descenso de las ciencias teóricas se ha explicado siempre con la ojeriza inquisitorial hacia la investigación libre: sería inútil negar su influencia. Otra grave causa fue la norma dictada en 1550, con fines defensivos para las universidades españolas: se prohibió salir a estudiar en universidades extranjeras. Prueba de cómo la ciencia no puede aislarse: universal por esencia, en los tiempos modernos lo es además en su desarrollo.»

Hay otra observación —entre las varias muy atinadas de Pedro Henríquez Ureña, respecto al papel de España en la cultura moderna— que me parece necesario citar, pues se refiere a la relación entre la península e Hispanoamérica. Aun casi en los umbrales del Tercer Milenio no podemos negar incomprensiones y desconocimientos entre las orillas atlánticas, pese al aporte relacionador de un Pedro Henríquez Ureña, de un Alfonso Reyes, de un José Vasconcelos y de otros hispanoamericanos en el siglo XX. Escuchemos a Henríquez Ureña:

«En el pensamiento jurídico, España procede con originalidad y amplitud. La conquista de América la puso frente a problemas nuevos. Y la nación conquistadora es la primera en la historia moderna que discute la conquista. De la heroica contienda que abren tres frailes dominicos en la isla de Santo Domingo, en 1510, y que Bartolomé de Las Casas hizo suya durante cincuenta años, salieron las Leyes de Indias y la doctrina de Francisco Vitoria y de sus discípulos, que, transmitida a Grocio, ampliada y divulgada por él, constituyó «un progreso en la vida moral del género humano». Esta doctrina se resume en el igual derecho de todos los hombres a la justicia y en el igual derecho de todos los pueblos a la libertad. Sus primitivos

⁸ Pedro Henríquez Ureña: *Plenitud de España*, Buenos Aires, tercera edición, 1967 —la primera es de 1940— Estudios de Historia de la Cultura, Biblioteca Clásica y Contemporánea. 197 págs.